



Al compás de la memoria la música no es solo un conjunto de frecuencias organizadas para el deleite auditivo, es el archivo sonoro de nuestra identidad. Cuando hablamos de patrimonio cultural, solemos visualizar monumentos de piedra o lienzos en museos, pero el patrimonio inmaterial, el espiritual, aquel que no se puede tocar, el que nos conmueve hasta la médula, encuentra en la música su expresión más potente y volátil.

Desde los cantos polifónicos hasta el lenguaje rítmico del tambor, la música actúa como un puente generacional. Es el vehículo que transporta cosmogonías, lenguas en peligro de extinción y crónicas sociales que los libros de historia suelen omitir.

En el transcurso de la historia de la humanidad, la música ha permitido a comunidades oprimidas preservar su dignidad y recordar sus orígenes, ha sido antídoto contra la homogeneización cultural en esta era global y es un refugio que no solo se escucha, se habita en sentido de pertenencia e identidad.

En busca de nuevos acordes, podemos develar en esta edición número 30 de la Revista de Patrimonio Cultural BOLETÍN en RED, dedicada a la música como elemento de identidad y memoria, una diversidad de sentires que buscan salvaguardar el patrimonio musical venezolano y nuestro americano. Desde la opinión crítica del entrevistado, Diego Silva Silva, que nos muestra su labor como músico, compositor y restaurador de la memoria musical, pasamos a entender que “los sonidos del alma” que Jesús Mujica Rojas nos regala, perduran en la forma de como el ser humano trasciende en la materialidad de la musicalidad, a través de los instrumentos que representan el dominio del arte y la técnica de producir sonidos.

Otro de los desafíos manifestados por nuestros colaboradores es el reconocimiento a la labor de los portadores del saber que con sus trabajos musicales han dejado un legado que nos acompañan hasta en la cotidianidad; justo es el artículo de Nathaly Pérez Guzmán, donde el sentimiento y las afinidades nos muestra la profusa obra de Conny Méndez, como cantante, compositora y maestra en metafísica. Igual el artículo preparado por David Bastardo Martínez, desde su gusto indiscutible por los clásicos de la música, nos lleva a conocer como en Venezuela, existe una comunidad consecuente con este género musical y destaca la influencia de Richard Wagner, compositor-filósofo de la historia de la música, en los repertorios de las orquestas nacionales.

Entre anécdotas y experiencias de la vida misma, Giegerling Méndez, Humberto Márquez y Armando González Segovia, del análisis de diferentes contextos, contribuyen a construir memoria, sobre personajes como Ángel Méndez, Guillermo de León Calles, Luis Marino Rivera y un sinfín de protagonistas creadores de los ritmos caribeños como el danzón, el latin jazz y el filin. Por otra parte, Blanca González Benítez transmite como las comunidades, en este caso las de la población de Carache en el estado Trujillo, transfieren su legado de parrandas al son del ritmo del tamunangue a las generaciones venideras. Sin faltar, el Semillero Patrimonial, nos brinda el testimonio del joven Luis Fernando Ruiz, que nos introduce a conocer “El Sistema”, a partir de su vivencia musical.

La música es el latido de la humanidad. Proteger este patrimonio es asegurar que el futuro tenga una banda sonora rica, diversa y, sobre todo, humana. Porque una sociedad sin memoria musical es una sociedad condenada al silencio de su propia alma.

EQUIPO EDITORIAL